



materia, no se ha determinado á dar principio á su historia de los emperadores chinos, sino con el usurpador Yao, hermano del último príncipe de la dinastía de los *Chang* (hacia los 2366 antes de Jesucristo).

Yao nos ofrece, pues, una nueva serie de hechos, ó más bien un nuevo orden de ideas. Hasta aquí hemos visto á los príncipes ocupados en reglamentar el imperio y en inventar las artes que les eran útiles. Ahora vamos á narrar nuevos espectáculos. Los reyes y los príncipes no serán ya más que moralistas y hombres de ciencia; sus virtudes y su ciencia, sus enseñanzas sentenciosas y sus observaciones astronómicas, llenarán las columnas de la Historia. El filósofo que ha conservado sus biografías, se hace traicion á sí mismo con apariencia de historiador, y con gran detrimento de la Historia y de la verdad, narra orientales fábulas.

«La sola consideracion de las virtudes de Yao, dice Chu-King, llevó la paz á su familia, el buen orden á sus oficiales, y la union á todo el reino; los que hasta entonces habian observado mala conducta, no tardaron en corregirse, y la paz reinó sobre todos.»

También el emperador ponía especial cuidado en arreglar los negocios humanos con las leyes de los astros. Ante una sabiduría de tal naturaleza, tenían que desaparecer todos los obstáculos, los vicios y las pasiones; y con el gobierno de las estrellas, el pueblo chino debía marchar necesariamente á la virtud.

Aparte de la inverosimilitud, las ideas de Yao son muy buenas; y es digno de aplauso cuando dice: «¿Tiene frio el pueblo? yo soy la causa. ¿Tiene hambre? mia es la culpa. ¿Incurre en alguna falta? yo debo considerarme autor de ella.» Sólo le faltaba una gloria, y esta era la de dejar un digno sucesor suyo. También lo va á conseguir. Este fué un simple y pobre labrador, Yu-Chun, á quien llamó para soberano en el poder. Yao sólo anhelaba una cosa, y era el gobernar sabiamente á su pueblo; y para conocer las necesidades de su imperio, habia dado orden de que se colocara á la puerta de su palacio un cuadro y un tambor: el que tenia necesidad de hablar al emperador sobre alguna

materia relativa al buen gobierno, escribía sus ideas en el cuadro de un modo anónimo, y despues tocaba el tambor.

El emperador, avisado de esta suerte, se apresuraba á bajar para informarse de lo que allí habia consignado, aprovechándose así de lo que considerara digno de alguna utilidad (1).

Separemos ahora todo lo que hay de fabuloso en la persona de Yao; quitemos á su biografía el carácter de cuento moral; releguemos á la oscura sombra de las épocas ante-históricas los anteriores personajes; y entonces, considerando á este príncipe tal como le representa el *Chu-King*, ocupado «en hacer correr las aguas que quedaban sobre la tierra despues de la grande inundacion;» lleno de deferencia hácia la pequeña tribu que él dirige, y ejerciendo sobre ella una autoridad más bien paternal que real, podremos atribuirle el papel que realmente le conviene, es decir, el de haber sido uno de los primeros patriarcas del imperio, un caudillo de los pueblos, que librados al pié de Babel del cataclismo vengador, han vuelto á poblar con lentitud la tierra. Sus dos sucesores tienen también muchos puntos de contacto. Así el virtuoso *Chun* se ocupa en hacer canales, en organizar é instituir la uniformidad de medidas, y en establecer los cálculos astronómicos.

Su reino no se componía entonces más que de «cien familias,» segun nos asegura el *Chu-King*. Esta declaracion, que se ha querido hacer desaparecer de los comentarios, corrobora nuestras hipótesis, que sirven para confirmar á su vez los otros *instrumentos de consejo* que el emperador Yu, sucesor de Chun, hizo colocar á ejemplo de Yao á la puerta de su palacio.

Así están representados en el libro canónico los tres monarcas de la primera dinastía regular, de la dinastía de los Hia.

Juegan el papel de príncipes modelos; se les presenta también como dignos ejemplos á todos sus sucesores, y la mayor ambicion que puede tener un emperador, es el ser apellidado *verdadero representante de los tres jefes de los Hia*.

(1) Pauthier, *op. cit.*, *Memorias sobre los chinos*.



Despues de estos tres ilustres personajes, comienza á decaer la dinastía Hia.

El sucesor de Yu, que repudia el título de emperador (Ti), y se contenta con el de *Wang* (rey), ocupó sin celebridad el puesto de su padre, y le cedió bien pronto á Tai-Kang, que «ocupó el trono como aquellos jóvenes que en las ceremonias fúnebres representan el muerto....» Se daba por la caza con frenesí, y no habitaba más que en los bosques. Uno de sus principales oficiales supo aprovecharse de su habitual inclinacion, para apoderarse de su persona; los grandes le reemplazaron con su hermano *Tchung-Kang*.

Este príncipe no fué conocido más que por la cruel leccion que dió á los inhábiles astrónomos *Hi* y *Ho*, que se habian engañado en el cálculo de un eclipse. «Por aquel tiempo, *Hi* y *Ho*, entregándose al vicio, concluyeron por conculcar sus deberes.» Se entregaron al uso excesivo de la bebida; obraron precisamente en oposicion á los deberes de su magistratura, separándose de su propia mision. Desde el principio llevaron la turbacion á la bóveda celeste, despreciando bien presto sus funciones. En el primer día de la tercera luna de otoño, el *Tchin* (conjuncion del sol y de la luna) no estuvo en armonía con la constelacion *Fang*. El ciego tocó el tambor; los magistrados y la muchedumbre corren presurosos como caballos desbocados. *Hi* y *Ho* habian abandonado el ejercicio de sus funciones, incurriendo en la pena fulminada por los reyes predecesores. El *Tching-Tien* (ó ley de los antiguos reyes) dice: «El que adelanta los tiempos debe ser condenado á muerte sin remision; el que los retarda, debe asimismo ser condenado á muerte (1).»

Este riguroso tratamiento espantó á los comentadores del sagrado libro, y trataron de excusarle envolviendo á los desgraciados astrónomos en una rebelion política, que era preciso castigar de un modo ejemplar.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el *Chu-King* concluyó con la dinastía *Hia*. Sobre los demás reyes no habla una palabra. Los historiadores chinos no han querido seguir el

(1) *Chu-King*.

ejemplo de su infalible doctor, y en fuerza de trabajo y de imaginacion quizás, pudieron descubrir al hijo de *Tchug-Kang*, *Siang*, que fué asesinado por su ministro *Y*. El usurpador es también derribado por otro usurpador, *Han-Tsu*, y entre tanto, la viuda de *Siang* da á luz un heredero para la dignidad real; le disfraza de pastor, y se va á educarle á las montañas; y llegado á la edad adulta, el joven *Chao-Kang*, cuyo brillante reinado sirve de consuelo para la nacion, atrayendo á los embajadores extranjeros á su córte, ocupa el trono de sus mayores.

A su muerte, suceden el desenfrenado *Kié* y su licenciosa mujer. Hé aquí lo que cuentan los analistas chinos de su reinado: «*Kié* mandó hacer un gran depósito en forma de estanque, y dió orden para que le llenasen de vino, y que despues de lleno tres mil de sus súbditos penetraran en él. Grandes trozos de carne asada estaban suspendidos en derredor del estanque, para que pudieran satisfacer su brutal apetito.» Estos recuerdos nos revelan las costumbres y hábitos del despotismo oriental.

El *Chu-King* prosigue sus enseñanzas: el tercer libro comienza por un discurso que el rey feudatario de *Chang* dirige á las tropas que él ha reunido: «Venid, dice, escuchadme: Yo no soy más que un pequeño príncipe; y en tal concepto, ¿cómo seré yo tan osado que lleve la perturbacion á mi imperio? Pero *Hia* ha cometido muchos crímenes. El cielo ha ordenado su perdicion. Hoy, reunidos en masa, decís vosotros: nuestro príncipe no tiene compasion de nosotros; quiere que abandonemos nuestras cosechas y nuestros negocios para ir á castigar á *Hia*. He oido bien vuestras palabras, pero la familia de *Hia* es culpable; yo temo al Supremo Soberano del cielo, no me atrevo á diferir la ejecucion de la justicia que viene del excelso. Ahora decís vosotros: ¿cómo es posible que lleguen hasta nosotros los crímenes de *Hia*? El rey de la dinastía *Hia* consume los sudores del pueblo, arruina su capital; los pueblos que nadan en la miseria no guardan ya afecciones por él, y están divididos entre sí. En vano, dice él, vosotros y yo no pereceremos hasta que el sol perezca. Tal es la virtud presuntuosa de



Hia; yo debo ir hoy á combatirle. Secundadme para darle el condigno castigo que el cielo le depara; yo os daré la recompensa. No temais depositar en mí toda vuestra confianza, no faltaré á mi palabra; mas si vosotros no obedecéis mis órdenes, entonces os haré perecer; vosotros y vuestros hijos no tendréis por qué esperar el perdón.»

Estas ideas, que justificaban el despotismo de Kié, están confirmadas por los ministros del rey, y no son más que interminables arengas filosóficas y morales, que tienen por término el entronizamiento de la dinastía de los *Chang* en la persona de *Tching-Chang*.

Las virtudes de este príncipe no pudieron aplacar la cólera del cielo, justamente indignado contra la China en aquella época. Quiso el príncipe ofrecerse como víctima por su pueblo, y entonces «se corta los cabellos y las uñas, cúbrese el cuerpo con plumas blancas y con pelos de cuadrúpedos, y se hace conducir al pie de la montaña *Song-Lin*; y allí, prosternado, hace en alta voz la confesion de sus faltas, reprocáchase á sí mismo haber descuidado la instruccion de sus súbditos, de no haberles hecho entrar en el cumplimiento de sus deberes cuando los veía apartados, de haber levantado soberbios palacios, de haber profesado excesivo amor á las mujeres y á los manjares, y por último, de haber sido débil en dar oídos á los aduladores y favoritos. Apenas hubo terminado esta confesion, cuando el cielo mandó abundantes lluvias para que la tierra recobrará su primitiva fertilidad (1).»

Es sobradamente curioso ver así en el fondo de la China el profundo recuerdo de aquella vasta calamidad, de que nos hablan los libros santos, y que hizo pasar al Egipto á la familia de Jacob. Es un homenaje de respeto á las palabras del Génesis: «El hombre reinaba en todo el Universo (2), é iba creciendo cada dia por toda la tierra.» Homenaje tanto menos sospechoso, cuanto que se ha dado sin otra conside-

(1) Pauthier, *op. cit.* El historiador refiere continuamente los mismos textos de los autores chinos.

(2) Génesis, cap. XLI, v. 54 y 56.

ración (1) que la de revelar ciertos respetos á las primitivas tradiciones.

Tching-Chang, el rey modelo de la dinastía de los Chang, va acompañado de una serie de oscuros personajes, y de ellos sólo algunos nombres merecen salir del olvido. Citaremos solamente la resolucion filosófica dada por el tercer descendiente de Tching-Chang. Viendo que el nieto de este último estaba llamado á sucederle, y que se entrega á sus inclinaciones viciosas, le hizo encerrar por espacio de tres años en el panteon de su abuelo para que pudiese tener tiempo de meditar con madurez sobre la soberanía y sobre los ejemplos de virtud dados por el jefe de su raza. El libro sagrado no olvida añadir, que la leccion no quedó sin efecto, y que el jóven príncipe tuvo un reinado muy próspero.

En la dinastía de los Chang no hemos hecho mencion de un hecho que debe llamar nuestra atencion, porque va á cerrar el período que nos ocupa, y servirá en cierta manera de contraprueba para la historia de la antigüedad. Durante la peregrinacion del pueblo de Dios las magníficas conquistas del gran Rhamsés vienen á formar como un tiempo de suspension en el movimiento de todas las monarquías orientales. El Asia entera, el Asia Central sobre todo, ha conservado el recuerdo del paso del conquistador egipcio. Por apartada que estuviera, la India conoció su dominacion. Seria, pues, una cosa muy curiosa é importante, ver en la confusa historia del Celeste-Imperio los vestigios de esta invasion. No se lee que los chinos estuvieran sometidos á Faraon, pero al ménos que el ruido de sus armas habia llegado hasta ellos. Esto es lo que nos parece indicado, segun el texto siguiente; se ve bien que el historiador ha dado un giro al suceso muy propicio para la gloria de su país.

«El año tercero del reinado de Tai-Vu, dicen los *Cuadros cronológicos*, intérpretes, embajadores venidos de apartadas regiones, llegaron á la córte de setenta y seis reinos.» Es-

(1) Véase el comentario del abate Syonnest (Santa Biblia, t. I).



tas embajadas parecen el resultado de la vasta conquista de los egipcios. En aquel desconcierto del Asia, muchas poblaciones debieron cambiar sus límites, y se comprende muy bien que fueran empujadas hácia Oriente.

A esta causa extraordinaria fué debida indudablemente la inexplicable confusion que siguió al reinado de Tai-Vu. Los emperadores, perseguidos por las tribus vecinas del imperio, especialmente por las hordas del Mediodía, se ven obligados á trasladar el lugar de su autoridad del O. al S., y despues al N. El desórden y la anarquía vienen tambien á aumentar las perturbaciones exteriores. Durante doscientos años la China se entregó á las guerras intestinas; los principes asesinan á sus reyes, y aquellos lo son á su vez por otros principes.

Estos son los tiempos primitivos de la China, tales como nos los refieren los historiadores nacionales, tales como los presentan el *Chu-King* y los demás libros.

¿Es esta una razon suficiente para admitir sin exámen todas estas narraciones? Nos hemos impuesto el deber de referir lo que cada pueblo consideraba como la historia de su origen. Pero al mismo tiempo hemos aceptado todas estas relaciones á beneficio de inventario, discutiéndolas cuando hay posibilidad, y reproduciéndolas por lo que valieren cuando la crítica es imposible. De esta suerte veamos, pues, lo que la verdad podrá esperar de campo tan poco fértil. Desde luego es necesario legar al mundo del caos todos los mónstruos predecesores de Yao, á ménos que por una explicacion, más ingeniosa quizás que fundada, se vaya á considerar á *Hoang-Ti* y á sus sucesores como las imágenes desfiguradas de Adam y de los patriarcas anti-diluvianos (1);

(1) Es el sistema de M. Paravey, expuesto en los *Anales de la filosofía cristiana*, t. XVI, y en una Memoria titulada: *Patriarcas anteriores á Ty-Ko*, ó *Noé*, cuyas listas se han conservado en la China. Sin adoptar por completo esta teoria, reconocemos que descansa sobre inmensas investigaciones y sobre prudentes y sábias analogías. Así, M. de Paravey estableció una singular coincidencia de significacion entre los nombres de *Hoang-Ti*, patriarca de la tierra amarilla, y Adama, formado de tierra amarilla; entre Eva, madre y vida, y Luin-Tsu, mujr de

ó tambien, y no estaria en oposicion con la relacion bíblica, como los representantes de los hijos de los hombres, de los gigantes, de la posteridad de Cain, que levantó ciudades, se dispersó sobre la tierra, excitó la cólera del Señor con sus crímenes y pereció en el diluvio universal.

El terror profundo que inspiró su castigo, los malos comportamientos de aquellos seres poderosos, cuya vida era de tan larga duracion, y á quienes reconocieron por causa los primeros prodigios de las artes y las primeras invenciones del genio humano, debieron dejar en la memoria de Noé y de sus descendientes un recuerdo indeleble; y no debe sorprendernos que la familia encargada de repoblar al Universo haya trasmitido á la memoria de aquellos descendientes algunas relaciones que la imaginacion ha exagerado, el error oscurecido y el orgullo desnaturalizado, imponiéndoles los atributos nacionales, pero que se habrán perpetuado por todas partes, y que la posteridad ha de observar con una sorpresa, mezcla de tristeza y de alegría, á la cabeza de los más antiguos anales de los pueblos.

En cuanto á los grandes hechos de la creacion y de la historia primitiva, la China, aunque más silenciosa, no ha enmudecido como las demás naciones asiáticas. Así es que ella ha conocido el caos, el inmenso abismo anterior á la creacion que precede á «la más remo-

Hoang-Ti, cuyo nombre quiere decir *la grande antesora que entraña á las otras en su propio mal*: inexplicable nombre sin la tradicion bíblica del pecado original y de la falta de nuestra primera madre. Y sigue la relacion: «Hoang-Ti, primer emperador, tiene tres hijos, como Adam, primer hombre; Chao, ó Kiong, el negro vociferador, y Cain, que se lamenta; Fo-Hi, el pastor justo, la victima pura, y Abel, inmolado como una victima. Así de los demás patriarcas, hasta Ti-Ko, el octavo, el hombre de las grandes angustias, y Noé el hombre de los dolores, etc. Herman Schmid, Uroffenbarung, oder die grossen Lehren des Christenthums nach gewiesen in den sagen und Urkunden der Altesten Volker; M. de Fortia d'Urban, *Historia antidiluviana de la China*; y antes de ellos Bayer, Mus, Sin y Menzelius, *Comm. origin-Sinicarum*, habian desenvuelto la misma tesis. Cantú se inclina tambien á lo mismo, *Historia Universal*, t. III.



ta antigüedad (1).» Ella recuerda los tiempos de la gran pureza; el siglo de la virtud perfecta (2) «que el hombre poseía la felicidad separada del fraude y de la mentira, gozaba de su placer inefable, en la que no había, ni enfermedades, ni castigos, ni muerte, y todos los frutos de la tierra nacían espontáneamente y con abundancia (3).»

Se acuerda del delicioso jardín en el que brotaba una fuente que alimentaba á tres grandes ríos; allí crecía el árbol de la vida, y los hombres hacían una larga carrera en la virtud, en la sabiduría y en la justicia. Pero el pecado de una mujer dió entrada en el mundo al dolor y á infinitos males (4). La caída tuvo terribles consecuencias: «Cuando perdieron aquel su primer estado, los pájaros, los insectos, las serpientes, todas las bestias juntas, hicieron la guerra al hombre.» «Desde los primeros tiempos, añade el *Chu-King* (5), estamos condenados al trabajo,» y la causa de todos los males del mundo es «el deseo inmoderado de saber (6).»

Afortunadamente, el deseo de un Redentor consuela á la humanidad doliente y castigada. «En el Occidente nacerá un hombre santo, que sin ejercer cargo alguno de gobierno, impedirá los desórdenes; sin hablar, inspirará una confianza espontánea; sin operar cambio alguno, producirá un océano de acciones: nadie puede decir su nombre, pero he oído asegurar que aquel será el verdadero santo (7).» Este santo es el que «todo lo ve, el que todo lo sabe, cuyas palabras son todo doctrina, los pensamientos todo verdad.... Es una misma cosa con el

(1) Cantú, *loc. cit.*, *Historia Universal*, en la cual cita á Bayer y Menzelius.

(2) Hoai-nan-Tseu, citado en Rossiñol, *Cartas sobre Jesucristo*.

(3) El padre Premare, *Præcipua religionis christianæ dogmata ex antiquis Sinorum libris eruta*, traducida por M. A. Bonnetty, y en los *Anales de la filosofía cristiana*.

(4) Cantú, *loc. cit.*

(5) *Chu-King*, parte segunda, cap. VI, oda 5.

(6) *Tchuan-Tseu* y *Lo-Pi*, citados en Rossiñol, *op. cit.*

(7) G. Pauthier, *Notas sobre la carta del padre Premare*.

Thien.» «Los pueblos le esperan como las hojas secas esperan la lluvia,» añade Meng-Tseu. Este santo, «es el soberano dueño del cielo y de la tierra.»

La China no ha olvidado al jefe Yao, que dió curso á las aguas despues del diluvio. «Señoras de cuatro montañas, dice Yao, las muchas aguas que por todas partes abundan hasta el exceso, hacen sufrir mucho. Sus inmensas hondas envuelven los montes y cubren las colinas. Su masa, que siempre está elevándose, amenaza sumergir al cielo. Los pueblos de los llanos se vuelven á nosotros gimiendo. ¿Quién podrá sujetar y encauzar las aguas? Segun la orden de Yao, *Yu* puso manos á la obra y logró hacer correr las aguas, y hé aquí la inscripción destinada á recordar sus famosos trabajos de canalización. «El emperador dijo á Yu: Glorioso protector y consejero que tanto has trabajado con la admiración de las grandes empresas, las grandes y pequeñas islas hasta sus cimas, todas las moradas de pájaros y de cuadrúpedos y todos los seres existentes, quedaron sumergidos. Tú, pon atención: da curso á las aguas y haz construcciones.» Yu replica: «Tiempo hace que he olvidado á mi familia; yo descanso en la cima de la montaña Yo-Lu; por mi prudencia y mis trabajos he removido á los espíritus; mi corazón no hacia cuenta de las horas; trabajando es como yo reposaba. Las montañas *Hoa*, *Yo*, *Tai*, *Heng*, han sido principio y fin de mis empresas. Despues de mis trabajos, ofrecí el sacrificio de acción de gracias. Cesó la aflicción; desapareció la confusión de la naturaleza; las grandes corrientes que venían del Mediodía se han corrido á los mares; los vestidos de tela podrán ser confeccionados y el alimento preparado, los diez mil reinos (el universo) estarán en paz, y podrán entregarse á la alegría por toda una eternidad (1).»

Que se vea en esto una tradición del diluvio universal, ó solamente los trabajos que en la China nuevamente habitada ha hecho necesarios aquella vasta inundación, nadie negará

(1) Pauthier, *China*, refiere por completo esta inscripción.



que allí existe el recuerdo de un gran catolicismo.

También se echará de ver en el culto dado por los primeros emperadores al Sér Soberano sobre los altos lugares, un destello de la religión patriarcal. Este culto se corrompió bien presto; se hicieron sacrificios á los genios de las aguas, de los bosques, de las montañas, y despues á los astros, porque el sabeismo se encuentra por doquier, y por todas partes viene al encuentro la adoración á las inteligencias intermediarias.

El tribunal de los negocios celestiales, congregación de sacerdotes sabeistas, tuvo por largo tiempo una poderosa influencia; el poder real se la fué despojando, arrogándose el supremo sacerdocio, y restringiendo las ceremonias. Pero ¿es creíble que desde aquellos tiempos los príncipes tuvieran la creencia y aun la idea de postrar á sus súbditos ante el *Thien*, el cielo, ante aquella especie de dios material, que hoy adoran, segun las lecciones del famoso Kong-Fu-Tseu? Esto es lo que nosotros no podríamos admitir, á ménos que allí viéramos un recuerdo alterado del monoteísmo, que cae inmediatamente en un panteísmo materialista.

Sin embargo, nada autoriza en absoluto una opinión histórica de esta naturaleza. Así que en presencia de las pretensiones de los autores modernos de la China, no hay más que dos alternativas: ó negar completamente la antigüedad, tal como ellos la presentan, y no conceder más que un origen relativamente moderno al Celeste Imperio, lo que no carecería de ciertas probabilidades, ó admitir esta antigüedad, pero declarar que ha sido singularmente falsificada por los filósofos, y sobre todo por el autor del *Chu-King*. No hay medio: sin esto, el pueblo chino formaría por este solo concepto, tan importante, una excepción de los demás pueblos del mundo. Pero no: bajo este punto participa de las debilidades como de las esperanzas de la humanidad. No ha sabido conservar intacto el depósito de las verdades primordiales, ha tenido sus caídas y decadencias; no lo ha olvidado todo, sin embargo, y no ofrece el fenómeno de un pueblo ateo ó politeísta desde su cuna.

La noción de un Dios único y creador, ha sobrevivido en el materialismo que invadió la China. Esta noción está resumida en la «Razon suprema,» y hé aquí cómo los chinos la comprenden:

«Al principio, cuando no había cielo ni tierra, la Razon, que es productora sin límites, existía desde entonces. Bien que no pueda ser representada por ninguna imágen, ó que no tenga nombre que pueda calificarla, es infinita en todo género, y nada se la puede añadir (1).»

Es el Sér infinito é ilimitado. Y cuando se le atribuyó más tarde el nombre de *Thien*, el cielo, se guardaron desde luego de tomar este nombre en su acepción física. «El *Thien* desciende y se mezcla en todo lo que hacemos,» dice uno de los más célebres escritores chinos (2). Y el mismo sábio añade: «El cielo sabe el bien y el mal que nosotros hacemos, como si estuviera escrito todo ello en un libro. Si haceis alguna obra buena, está escrita en el corazón del Señor. Si he cometido algun pecado, el Señor le ha escrito también en su corazón (3).» Reproduciremos igualmente este fragmento notable:

«Chang-Ti ó *Thien* es el espíritu que reina en los cielos, y los cielos son la obra más excelente que ha producido la causa primera. Inmenso, eterno, no hay para él ni tarde ni mañana; su principio está en sí mismo, y del pié del trono innumerables coros de espíritus velan por el hombre y le protegen. El placer supremo del sábio es de ensalzarse hasta ellos para contemplarles; aunque invisibles, les ve; no hablan, y les entiende; están unidos por lazos que nada tienen de terrenales y no pueda desatar causa alguna terrestre (4).»

(1) Tal es la definición dada por Tchou-Tséé con relación á Vang-Chin-Tséé, doctor que vivía en tiempo de la dinastía de los Yuen, en su comentario sobre el *Y-King*.

(2) Estos textos y varios otros están recopilados en la *Carta inédita* del P. Premare, *sobre el monoteísmo de los chinos*, publicada en los *Anales de filosofía cristiana* (primer semestre de 1861), por M. G. Pauthier, y acompañada de comentarios notables de este sábio sinólogo.

(3) Tchou-Hi, sobre la oda *King-Thi* del *Libro de los gusanos*.

(4) Cantú, *Historia Universal*, t. III, pág. 296.



Difícil es negar, despues de estos testimonios, el monoteismo primitivo de la China. Pero ¡ah! que estas nociones se borraron pronto, y desgraciadamente puede resumirse así el cuadro moral é intelectual de este pueblo antiguo; incertidumbre y confusion en los primeros tiempos, ignorancia y mala fe á veces, disimuladas por pretenciosas apariencias de sabiduría y de pedantescas lecciones de moral; servilismo intelectual y físico; indiferencia, apatía, embrutecimiento, bajo el yugo de los letrados; por último, inmovilidad en el error. No tememos decirlo: es, sin contradiccion, para un pueblo la más vergonzosa y más incurable de las enfermedades, descansar tranquilo bajo la sombra del árbol del mal.

No há mucho que el eco de los filósofos enciclopedistas, y la voz acre é impía de Voltaire, repetian antiguas leyendas sobre la antigüedad de la China.

El P. Ko, misionero chino educado en el seno del catolicismo, grandemente errado en el conocimiento de los monumentos literarios de la China, dice en el tomo primero de sus Memorias: no hay literato alguno en la China que no sepa que seria una locura desconocer que la cronología china no sube, no digo de un modo cierto é indudable, mas ni aun probable siquiera, más que hasta el año 841 antes de Jesucristo. Este elocuente, testimonio está siendo confirmado hoy por los descubrimientos de modernos orientalistas.

